

THOMAS MANN

Las Tablas de la Ley

El material bíblico que Thomas Mann desarrolló tan magistralmente es un intento por acercar sabidurías y tradiciones de la antigüedad, que tienen mucho que decir al hombre contemporáneo. En esta línea se encuentra la hermosa narración *Las tablas de la ley*, en la que se refiere a la vida de Moisés y cómo éste se entregó a la misión de convertirse en el guía de su pueblo; el éxodo, las dificultades y, por fin, la inscripción sobre las tablas de piedra de la «Ley del Sinaí», sublimación de todas las enseñanzas, extracto de la eterna moral de los hombres.

De rica prosa y desprovisto de misticismo o parcialidad, el relato se encadena, gracias a la claridad de quien se ha familiarizado con esos temas, invitando a la meditación y valoración de las verdades eternas.

A lo largo de la extensa obra de Thomas Mann nos encontraremos siempre con un escritor que busca el modo de exponer en los relatos sus propias ideas y debates internos. En gran medida egocéntrico y autorreferente, sus escritos nunca dejarán de ser un trozo de su propia existencia e, incluso, de su familia. Su estilo, denso, preciosista, parsimonioso, ha traspasado las fronteras idiomáticas; la dura prueba de la traducción, sobre todo del alemán, ha sido superada, respaldando la trascendencia y universalidad de su obra.

I

Puesto que su nacimiento no fue como todos los nacimientos, amaba con pasión el orden, lo inviolable, lo que debe y lo que no debe hacerse.

Siendo un muchacho y llevado por un acceso de cólera, dio muerte a un hombre y así supo, mejor que sabe el inocente, que si matar es bello, haber matado es horrible, y que debe estar prohibido matar.

Era sensual y por eso mismo le atraía lo espiritual, lo puro, lo sagrado; anhelaba lo invisible, pues sentía que sólo en lo que no puede verse está lo espiritual, lo sagrado, lo que no tiene mácula.

Entre los madianitas, pueblo disperso por el desierto, diligente y laborioso, formado por pastores y mercaderes, en el que se refugiara al huir de Egipto, su tierra natal, luego de su crimen (siguen más detalles), supo de la existencia de un Dios que los ojos no podían ver, pero que todo lo veía, un Dios que tenía su morada en la montaña y que al mismo tiempo se hallaba sentado, invisible, dentro de un arca portátil, bajo una tienda en la que hacía las veces de oráculo. Para los hijos de Madián, este numen a quien llamaban Jehová, no pasaba de ser un dios entre otros dioses; no se le tenía en gran consideración y se le rendía culto más por precaución y en previsión de lo que pudiera suceder. Imaginaban que entre tantos dioses quizás hubiera alguno que no acertara a ver, incorpóreo, y en atención a esto lo veneraban para no incurrir en descuidos, para no ofender a nadie ni atraer sobre sí molestias de parte de ninguno.

Moisés, en cambio, debido a su anhelo por lo puro y lo santo, se sintió hondamente impresionado por esa peculiaridad de Jehová; le pareció que ningún dios visible podía rivalizar con uno que se sustraía a la mirada, y le sorprendía que los hijos de Madián dieran tan escasa importancia a una cualidad que él juzgaba llena de incalculables derivaciones. Mientras guardaba el rebaño del hermano de su mujer, una madianita, meditaba larga y profundamente sobre esto, turbado por inspiraciones y revelaciones que en una ocasión llegaron a sobrepasar su fuero íntimo y corporizarse en resplandeciente visión, manifestación palpable de la orden divina, prescribiéndole, inapelable, la tarea que debía emprender. Llegó entonces a convencerse de que Jehová no era otro que El'eljon (El Único y Supremo), el Ro'i (El Dios que Ve), el mismo que ya recibía el nombre de El Shaddai (El Dios de la Montaña), El Olam (El Dios del Mundo y de la Eternidad), en una palabra, el mismo Dios de Abraham, Jacob e Isaac, el Dios de los antepasados, y por tanto, de esos mismos infelices que habitaban la tierra de Egipto, esclavizados, olvidados de sus tradiciones, desarraigados en sus creencias, cuya misma sangre fluía por las venas de Moisés, por parte de padre.

Impresionado por este descubrimiento, con el espíritu sobrecogido, estremecido de ansias por llevar adelante su cometido, puso fin a su estada de tantos años entre los madianitas. Hizo montar en un burro a su esposa Séfora, mujer de noble cuna, hija de Ragüel, rey sacerdote de Madián, y hermana de Jetro, importante terrateniente; llevó con él también a sus dos hijos, Gersan y Eliezer, y durante siete días de viaje los condujo hacia el oeste, a través de los desiertos, de regreso a Egipto, o más precisamente hacia las tierras bajas e incultas del delta del Nilo, una de cuyas zonas, denominada indistintamente Kos Goschem, Gosem o Gesen, estaba habitada por la raza doliente y fatigada de sus antepasados.

A partir de allí, adondequiera se encaminara —chozas, canteras o campos de pastoreo—, allí explicaba a la raza de su padre la gran revelación. Y mientras hablaba, agitaba los brazos y apretaba los puños. Les anunció que el Dios de sus padres había sido reencontrado, y que se le había anunciado a él, Moscheh ben'Amram, en el monte Hor, del desierto de Sin, bajo la forma de una llama de fuego en medio de un arbusto que ardía sin ser consumido. Le había dicho que su nombre era Jehová, que significaba «Soy yo el yo soy desde la eternidad hasta la eternidad»; que amaba a ese pueblo y que estaba dispuesto a sellar su unión con el mismo eligiéndolo entre todos los demás pueblos bajo una condición: la de que jurara mantener esa unión y constituirse en pueblo dedicado al culto único y desprovisto de imágenes del Dios invisible.

Moisés no cesaba de infundir en el ánimo de todos este mandato, temblándole los puños desde sus descomunales muñecas mientras los arengaba. Sin embargo, no era del todo sincero con ellos y mucho les ocultaba de sus pensamientos —a decir verdad, lo más importante de todo— por temor a que desconfiaran y lo abandonaran. No dijo una palabra acerca de lo que significaba la invisibilidad del Dios, la espiritualidad, la pureza, lo sagrado, y se abstuvo de puntualizarles que desde el momento de convertirse en siervos juramentados del Invisible, se constituirían en pueblo aparte, de pureza excepcional y santidad pareja.

Lo calló por miedo a alarmarlos, porque esta carne y sangre de su padre se hallaba tan apaleada y oprimida, tan confundida en su culto, que no podía dejar de desconfiar de ella, no obstante la quisiera. Y de hecho, cuando les decía que Jehová, el Invisible, los prefería entre todos, atribuía a la deidad lo que probablemente así fuera, pero que con toda seguridad era su propio sentir: es decir, que él, Moisés, tenía predilección por el pueblo de su padre, del mismo modo que al escultor le agrada el bloque informe del cual piensa tallar una imagen excelsa y hermosa por

obra de sus propias manos. Ése era el motivo de la palpitante ansiedad que hiciera presa de él desde su partida de Madián, junto con el peso sobrecogedor de la carga impuesta a su espíritu por el dictado del Señor.

Lo que del mismo modo calló fue la segunda mitad de ese dictado, que constara de dos partes. Porque no sólo se le había impuesto que comunicara a las tribus el redescubrimiento del Dios de los antepasados y su predilección por este pueblo, sino también que él, Moisés, había sido elegido para conducirlos fuera del cautiverio egipcio, hacia la libertad, para lo cual habrían de atravesar muchos desiertos antes de arribar a la tierra de sus antepasados, a la Tierra Prometida. Esta misión guardaba estrecha vinculación con el anuncio divino, y se hallaba indisolublemente ligada a éste. Dios y la liberación mediante la vuelta a la Tierra de Promisión; el Invisible y el sacudimiento del yugo extranjero. Para él, ambas cosas eran una y la misma, pero se abstuvo de hacérselo saber al pueblo. Comprendía que la segunda parte no podría realizarse sin la primera, y también que abrigaba la esperanza de que por sí mismo conseguiría lo segundo del faraón, rey de Egipto, con el que tenía una relación no del todo lejana.

Mas ya fuera porque a la gente desagradaba su modo de hablar, que no era cautivante en modo alguno, antes bien, entrecortado, sin hallar con frecuencia la palabra adecuada, o porque sospechara que tanto apretar puños y tanto hablar de los atributos de la invisibilidad y del vínculo que se les ofrecía ocultaba el propósito de empeñarlo en esfuerzos y peligros superiores a sus fuerzas, se mantenía distante, falto de ardor. Y ante la obstinación de Moisés, se mostraba todavía más preocupado y reticente, mirando de reojo a los maestros de obra egipcios y murmurando entre dientes:

—¿Por qué gritas de ese modo? ¿Y qué cosa estás diciendo? ¿Y quién te ha nombrado juez ante nosotros? No podemos darnos cuenta...

II

Su padre no fue su padre, y su madre no fue su madre, tan fuera de orden fue la cuna de Moisés. Cierta día, Ramessu, la segunda hija del faraón, se entretenía junto a sus doncellas en los jardines reales a orillas del Nilo, bajo custodia armada. Advirtió entonces a un joven hebreo que sacaba agua del Nilo, y lo deseó. Tenía la mirada triste, un leve bozo en la barbilla, y fuertes músculos en los brazos revelaban sus movimientos al extraer el agua. Trabajaba afanosamente y muchos eran sus pesares; mas a la hija del faraón le pareció la encarnación de la belleza y del deseo, de modo que ordenó se le condujera a su pabellón. Allí le acarició los cabellos empapados en sudor con sus exquisitas manos inmaculadas, besó sus músculos, y provocó su masculinidad hasta que la poseyó —él, el esclavo extranjero, haciendo suya a la hija del faraón. En seguida lo dejó ir, pero no llegó lejos. No había dado treinta pasos cuando lo mataron. Y al instante lo enterraron, para que ningún vestigio quedara del momento de placer de la hija del sol.

—¡Pobre! —comentó ella al saberlo—. Ponéis demasiado celo en todo... Él hubiera callado porque me amaba.

Quedó encinta, y en nueve meses dio a luz un varón, sin que nadie se enterara. Sus doncellas lo colocaron en una cesta de mimbre recubierta de brea, y lo ocultaron luego entre los juncos de la ribera. A poco, simularon hallarlo, con grandes exclamaciones de sorpresa: «Oh, un milagro, un niño entre los juncos, como en los viejos cuentos de hadas, cuando Akki, el aguatero, encuentra a Sargon y lo cría con

la bondad de su corazón. ¡Cómo se repiten las cosas! Pero ¿qué haremos con nuestro hallazgo? Lo mejor será entregarlo a alguna madre humilde que tenga más leche de la necesaria para criar a su hijo y a este otro, que lo haga crecer como un hijo más».

Dieron el niño a una mujer hebrea, que lo condujo a Gesén, en casa de Jochebed, mujer de Amram, hombre de la tribu de Levi, emigrados a esa zona, quien daba por entonces de mamar a su propio hijo, Aarón, y tenía leche en abundancia. De ese modo, recibiendo a veces presentes de fuente desconocida, educó en su casa al niño de enigmático origen, con bondad y ternura. Y así fueron Amram y Jochebed sus padres ante los hombres, y Aarón, su hermano. Amram poseía bueyes y tierras, y Jochebed era hija de un picapedrero. No sabían cómo llamar al niño y finalmente decidieron ponerle un nombre medio egipcio, o mejor sería decir la mitad de un nombre egipcio. Con frecuencia, los niños egipcios llevaban nombres como Ptahmoisés Amónmoisés, o Ra-moisés, que significaban hijo de cada uno de esos dioses. Amram y Jochebed prefirieron dejar a un lado el nombre de la deidad y llamar al niño simplemente Moisés es decir, «hijo», a secas. La cuestión era saber ¿hijo de quién?

III

Creció como un miembro más de la tribu extranjera, y habló su lengua.

Se había permitido la entrada a Egipto de sus antepasados en tiempo de gran sequía. «Beduinos hambrientos del Edom», fueron llamados por los escribas del faraón. Los guardias fronterizos los habían conducido a la tierra de Gesén, dándoles esas tierras bajas como campos de pastoreo. Si alguien imagina que esos campos les fueron cedidos conoce mal a los hijos de Egipto, los dueños de casa. No sólo debieron pagar con crecido número de cabezas de ganado, gravamen harto pesado, sino que quienquiera tuviese fuerza suficiente debía pagar también con su trabajo, prestando servicios en las inmensas construcciones de toda suerte que se levantaban sin descanso en aquella tierra. Particularmente a partir de Ramsés, el segundo de su nombre, que reinando en Tebas, hizo de las construcciones más extravagantes su placer y deleite. Construyó en todo el país magníficos y costosos templos, y en el delta del Nilo amplió y mejoró el largo canal que, reuniendo el brazo oriental del Nilo con los lagos Amargos, unía al mismo tiempo el Mediterráneo con la extremidad del Mar Rojo, obra ésta empezada tiempo atrás y que no había sido concluida. A orillas de dicho canal mandó alzar dos ciudades-fortaleza, llamadas Pitom y Ramsés. Y fueron los hijos de esos inmigrantes judíos los que, con el sudor de sus cuerpos, cocieron, transportaron y apilaron los ladrillos con que se alzaron dichas construcciones, siempre bajo el látigo egipcio.

Aquel látigo era más simbólico que efectivo, pues no se castigaba a las tribus judías arbitrariamente. Y cuantos trabajaban comían bien: pescado del Nilo en abundancia, pan, carne y cerveza más que suficientes. Pero así y todo, tales faenas no estaban en los hábitos judíos. Tenían sangre de nómadas, libres y andariegos por tradición. Eso de verse obligados a trabajar un determinado número de horas, y sudar a mares para ello, contrariaba la misma naturaleza de ese pueblo. Sin embargo, no podían sobreponerse a esas desdichas por hallarse demasiado desvinculada una tribu de otra y carecer de conciencia de grupo. Y así, generación tras generación, acampaban en una tierra de transición, entre la de sus antepasados y el Egipto propiamente dicho. Sus espíritus eran vacilantes, habían olvidado muchas cosas, otras las habían aprendido a medias, no confiaban en sí mismos, ni tampoco duraba mucho el disgusto que despertaba en ellos el trabajo obligatorio, olvidándolo a la vista del pescado abundante, la cerveza y la carne.

En cuanto a Moisés, que pasaba por hijo de Amram, al salir de la niñez, con toda seguridad hubiera debido acarrear ladrillos para el faraón. Pero no sucedió así. El joven fue enviado al Alto Egipto, a un colegio interno de jerarquía, donde se educaban los hijos de los reyes sirios y vástagos de nobles indígenas. Fue enviado allí por su verdadera madre, la hija del faraón, quien aunque sin dudas voluptuosa y casquivana, no carecía de corazón y, recordando al padre enterrado, al aguatero de los ojos tristes y la barba rala, había pensado también en el hijo. No quería que siguiera junto a la gente del desierto, y dispuso darle la educación propia de un egipcio en vistas de obtener colocación en la corte, cual tácito reconocimiento de que la mitad de la sangre que corría por sus venas era divina.

Así, pues, vestido de blanco lino y tocado con peluca, aprendió Moisés las ciencias astronómicas y geográficas, la literatura y las leyes. Pero no se sentía feliz entre aquellos necios del colegio; distinguido, aislándose de entre todos,

henchido de aversión por el refinamiento y el lujo al que, de hecho, debía su origen. La sangre de aquél que había sido muerto en aras de esa misma lujuria, era en él más potente que su mitad egipcia, y su corazón estaba junto a aquellos pobres seres de Gesén, que ni siquiera tenían el coraje de expresar su resentimiento. Se aliaba con ellos, contra la vida licenciosa y el orgullo fatuo que su madre personificaba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntarían sus compañeros.

—Moisés —contestaría.

—Ah-Moisés o Ptah-Moisés —insistirían.

—Moisés a secas —replicaría él.

—Eso es pobre, vulgar y feo —le contestaría alguno, con lo que provocaría seguramente a Moisés un acceso de furia en el que le hubiera gustado matarlo a golpes.

Sabía Moisés que todas esas preguntas sólo tenían una intención, la de hacer hincapié en su origen ilegítimo, acerca del cual estaban todos más o menos informados. ¿Cómo podía ignorar que debía su origen al indiscreto fruto del placer egipcio? ¿Cómo ignorar que era un bastardo, fruto de la lujuria, cuando los retozos de la hija del faraón tenían tanto de secreto para ésta como para el mismo Moisés; cuando todos los que de una u otra manera estaban relacionados con el palacio sabían que Ramsés, el constructor, era su abuelo de concupiscencia, de resultas de un instante de placer desenfrenado y fatal?

Sí, Moisés sabía, y sabía que el faraón también lo sabía. Y cada vez que pensaba en ello, dirigía una torva mirada hacia el trono del faraón.

IV

Al cabo de dos años transcurridos entre los necios de la escuela tebana, no pudo soportarlo por más tiempo. Una noche escaló el muro y huyó hacia Gesén junto al pueblo al que perteneciera su padre. Deambuló meditabundo por entre las tribus hasta que cierto día, hallándose junto al canal, próximo a las nuevas construcciones de Ramsés, vio a un capataz egipcio azotar a un obrero que quizá se hubiera mostrado perezoso o recalcitrante. Moisés palideció y con ojos que le llameaban de furia interpeló al egipcio, quien por toda respuesta le asestó un golpe en la nariz, quebrándole el hueso, que quedó así de por vida. Moisés replicó arrancándole el látigo de la mano y, golpeándole el cráneo con la empuñadura, le dio muerte instantánea. No miró en torno suyo para cerciorarse que no lo vieran, pero tratándose de un sitio aislado, solitario en las proximidades, procedió a enterrar a la víctima, pues su defendido se había echado a la fuga; y luego de matarlo y enterrarlo, tuvo la sensación de que toda su vida había ansiado hacer precisamente eso.

Su acto de violencia permaneció ignorado, al menos por los egipcios, que no lograron averiguar qué había sido del capataz. Pasó algún tiempo, y Moisés no dejaba de deambular por el pueblo de sus antepasados paternos, de importunar a su gente, mezclándose en sus asuntos. Cierta día, por ejemplo, vio reñir a dos obreros al punto de irse a las manos, e intervino, diciéndoles:

—Pero ¿qué os ocurre, que discuten de ese modo, queriendo pelear? ¿No sois, acaso, lo bastante desdichados ya

como para unirse unos a otros, en lugar de mostrarse los dientes? Este hombre no tiene razón, lo he visto. Cede pues y resígnate, en cuanto a ti, no te envanezcas por ello.

Pero como suele ocurrir, ambos contendientes se unieron contra el tercero:

—¿Por qué te mezclas en nuestros asuntos? —le dijeron.

Aquél a quien Moisés hallara en falta, se mostró más agresivo todavía y le gritó a voz en cuello:

—¡Pero si es el colmo! ¿Quién eres tú para meter tu nariz de cabra en cosas que no te importan? ¡Ajá! Tú eres Moisés, hijo de Amram, pero con eso no dices mucho, porque nadie sabe a ciencia cierta quién eres, ni tú mismo lo sabes. Nos intriga saber quién te ha nombrado nuestro juez y árbitro. ¿O es que quieres matarme como hiciste con el egipcio?

—¡Calla! —prorrumpió Moisés, alarmado, al tiempo que se preguntaba para sus adentros cómo lo sabía ese individuo. Así fue como llegó a la certeza de lo que debía hacer. Al día siguiente atravesó la frontera por el sitio menos vigilado, junto a los lagos Amargos, por entre los juncos y los pantanos. Cruzó los desiertos del Sinaí, hasta llegar finalmente a Madián, habitado por los madianitas y su rey y sumo sacerdote, Ragüel.

V

A su regreso a Egipto, embargado por su descubrimiento de Dios y el conocimiento de su misión, era un hombre ya, a la altura de sus poderes; de nariz achatada, mejillas prominentes, barba partida en la mitad, ojos grandes y vivos, muñecas increíblemente robustas como podía apreciarse cada vez que se llevaba la mano derecha a la barbilla, actitud que adoptaba con frecuencia al reflexionar. Iba y venía sin descanso de choza en choza, y en cuanto lugar hubiera hombres trabajando, y apretando los puños, con los brazos pegados al cuerpo, les hablaba del Invisible, del Dios de los padres que les ofrecía su protección. Mas, si bien mucho era lo que hablaba, la verdad era que no sabía hacerlo. Retraído por naturaleza, cuando la excitación hacía presa de él no podía expresarse. Para agravar dicha limitación, no dominaba ninguna de las tres lenguas que hablaba. El arameo sirio-caldeo que hablaba el pueblo paterno, lo había aprendido de sus padres adoptivos, olvidándolo luego al aprender la lengua egipcia en la escuela. Y también estaba el árabe madianita que fuera durante mucho tiempo el idioma en que se expresara en el desierto. De modo que los confundía y los entremezclaba lamentablemente.

Su hermano Aarón le fue en extremo útil; era hombre reposado, alto, de negra barba y largos bucles que le caían sobre la nuca y de grandes párpados, que mantenía generalmente bajos, en actitud piadosa. Moisés lo había iniciado en todos los misterios, ganándolo en la forma más completa para el Invisible, y para todo lo que ello implicaba. Por

otra parte, dotado Aarón de una disposición natural para la oratoria, sabía cómo hablar con unción y fluidez, de modo que las más de las veces acompañaba a Moisés en sus viajes para convertir al pueblo, hablando en su lugar. Su voz, sin embargo, tenía un timbre algo gutural y era demasiado apagada; no acertaba a expresar una convicción absoluta en lo que decía, por lo que Moisés trataba siempre de añadir más fuego a sus palabras, sacudiendo los puños y con frecuencia interrumpiéndolo en su jerga de arameo, egipcio y arábigo.

La mujer de Aarón se llamaba Eliseba y era hija de Amiadab; también ella se había convertido, y propagaba la doctrina, a la par que Miriam, la hermana más joven de Moisés y Aarón, mujer de gran entusiasmo, que sabía tocar los timbales y cantar. Pero más que por estas tres personas, Moisés mostraba particular estima por un joven que se había dado en cuerpo y alma a la doctrina que predicaba y que no se movía de su lado. Se llamaba Hosea, hijo de Nun (que significa pez), de la tribu de Efraín, pero Moisés lo llamaba Jehoschua, en atención a Jehová, que abreviado resultaba Joschuá, Josué, nombre que el joven llevaba con orgullo. Era un muchacho erguido, musculoso, de cabello crespo, con nuez de Adán abultada y dos pronunciados pliegues en el entrecejo. Josué tenía acerca de todo el asunto su propio punto de vista que no era tan religioso como militar. Según él, Jehová, el Dios de sus padres, era por sobre todo el Dios de las batallas, y la idea de escapar del yugo egipcio encerraba por lógica derivación la conquista de nuevas tierras que las tribus hebreas pudieran habitar. Tendrían por fuerza vivir en algún sitio, y ninguna tierra, prometida o no, habría de serles otorgada de no mediar la conquista.

Josué, joven como era, tenía presente en su mente todos estos detalles, y los comentaba de continuo con Moisés, su maestro, su guía, su amigo. Sin contar con los medios necesarios para enfrentar un censo preciso del pueblo,